

5. En esta sección se nos da una utilísima y actualizada ficha biobibliográfica de los autores antologados. Aquí también tengo una objeción. Me hubiera gustado una breve ficha bibliográfica de los autores de los estudios. Algunos de ellos son poco conocidos. Creo que hubiera sido de gran ayuda para lectores poco informados como yo, tener alguna referencia sobre ellos.

6. Una amplia y bien organizada bibliohemerografía sobre «Diversos aspectos del tiempo»; «Teoría general del tiempo» y «Teoría del cuento hispanoamericano» cierra esta novedosa y fascinante antología.

El libro presenta una unidad «casi» perfecta. No lo logra por dos pequeños detalles. En las dos primeras secciones el antologador «nos acostumbra» a un cuento que podría ser el antecedente del cuento hispanoamericano antologado. Sin embargo, en «Tiempo cíclico» y «Tiempo regresivo», desaparece tal cuento «antecedente». Y esto no significa que no haya relatos antiguos que ilustren estas modalidades. ¿Se trata de un olvido o de una omisión voluntaria del antologador? El segundo detalle es que todos los cuentos van acompañados de uno —e incluso dos— estudios críticos. El cuento «El brujo postergado» carece de dicho estudio. Puede ser porque sólo se incluya como muestra de lo que Borges puede crear a partir de un cuento antiguo o ¿es una invitación tácita a que cada lector elabore su propio comentario crítico?

El tiempo en el cuento hispanoamericano es también una antología didáctica. Sirve lo mismo para el lector aficionado que no busca más allá del placer estético, para el estudiante que se enfrenta por primera vez a estos textos y encuentra —además del relato— un comentario crítico que podría servirle de modelo para aprender a acercarse a la literatura en un segundo o tercer nivel de análisis. Y también sirve para el especialista en la narrativa breve, quien puede tener al alcance de la mano una antología que reúne ensayos importantes y «casi» inasequibles para el lector común.

Utilizando el ya clásico lenguaje cortazariano, podemos afirmar que estamos ante una ANTOLOGIA PARA LECTORES COMPLICES. Gracias a la novedosa estructura del libro, podemos encontrar tres o cuatro diferentes acercamientos a cada cuento. El primero lo ofrece cada cuento en sí, como un texto autónomo. El segundo es el comentario crítico que acompaña a cada relato [dos en el caso de «El milagro secreto» y «Viaje a la semi-

lla»]. El tercer enfoque nos lo dan los textos teóricos que encontramos al final del volumen. Nos permite «asomarnos» al taller de cada escritor antologado y encontrar las motivaciones, recursos e intenciones que cada uno persigue. En el caso de Borges encontramos también una inquietante amalgama de teorías filosóficas sobre el hombre, el tiempo, la vida, la muerte, etcétera. Y eso no es todo. El cuarto —o quinto— acercamiento a cada texto es el que realizará cada lector de la presente antología. Es ya un lugar común afirmar que un libro es tantos libros como lectores tiene. Y es cierto. Ahí residen precisamente la magia y el carácter fascinante de la literatura. Cada lector podrá encontrar algún aspecto presente en algún relato y que no haya sido estudiado por el crítico en cuestión.

En la filosofía y la literatura el tiempo regresivo ha estado siempre presente. La física, la astronomía y las matemáticas no aceptaban tal posibilidad. Actualmente el físico norteamericano Stephen W. Hawking, en su reciente e inquietante libro *Breve historia del tiempo*, plantea la posibilidad de que exista el tiempo regresivo. Esto es todo un desafío a nuestras endebles y ¿falsas? creencias. Los cuentos de Carpentier y Cortázar se adelantan a la ciencia. «Viaje a la semilla» es un magistral relato que cuida hasta en el más mínimo detalle todos los aspectos o situaciones que revelan el transcurrir inverso del tiempo. Este cuento es de una gran belleza plástica, puesto que vemos «crecer» los muebles a medida que el niño empequeñece o asistimos a la reconstrucción de una casa luego de su demolición. «La noche boca arriba» plantea de alguna manera la reversibilidad temporal. El personaje se mueve alternativamente en los siglos XV y XX. Al final del cuento surge una inquietante pregunta: ¿es un hombre del siglo XV que está profetizando el futuro, o es un hombre del siglo XX que hace un viaje regresivo en el tiempo y el espacio? ¿Cuál de las dos respuestas nos deja más tranquilos?

Reuniendo tantas y tan positivas cualidades *El tiempo en el cuento hispanoamericano*, sólo me resta invitar a su lectura y disfrute. Su riqueza y originalidad se harán sentir de inmediato.

Rosalina Reyes Nicolat

Mujeres que hacen historia

Las *silenciadas* es el significativo subtítulo del trabajo que Antonina Rodrigo dedica a diecisiete mujeres españolas. «Esas mujeres —dice— que un día constituyeron la vanguardia que erosionó convencionalismos y atavismos esterilizadores.» La primera edición de este libro se publicó en 1979 y diez años después vio la luz una segunda edición revisada que es la que comentamos (Círculo de Lectores. Barcelona). En el prólogo de esta última, la autora insiste en lo que quiere dejar bien claro desde el comienzo de su apasionado estudio biográfico. «Dura época —señala— aquella en la que tratamos de recuperar su memoria: la desconfianza y el temor cerraban puertas y agarrotaban gargantas, aún cuando la protesta y la necesidad de gritar su rebeldía, su amargura, desbordara tantos corazones dolientes, torturados, humillados siempre. Pero ¡qué inolvidables los testimonios de sus increíbles y traumatizantes peripecias, al calor de su insobornable voluntad!»

Las silenciadas recoge la interesante existencia de un significativo grupo de mujeres de nuestro siglo, de este milenio que acaba. Cada una de ellas es distinta, sin embargo, todas están unidas por un mismo afán: luchadoras, sindicalistas, artistas, intelectuales, profesoras, investigadoras y amas de casa cuya soterrada personalidad estalló en los años de la preguerra. «Mujeres —insiste A. Rodrigo— que tenían clara conciencia de su personalidad, que afirmaban su derecho a ser reconocidas como seres conscientes, capaces de asumir cualquier papel, por encima de la arbitraria y sobrevalorada superioridad del hombre, de sus propios compañeros, sin el menor menoscabo de su condición de mujer.»

Apasionadas biografías

Antes de seguir adelante, me parece de interés citar lo que Montserrat Roig —escritora recientemente fallecida y amiga personal de Antonina—, comenta acerca de la autora: «Ella sabe muy bien que la 'objetividad' no existe. Que la objetividad nació el día en que los hombres empezaron a mentir. Creo que Antonina Rodrigo ha escrito biografías apasionadas de otras mujeres porque ella misma tampoco sabe vivir sin pasión.»

Efectivamente, el lector puede comprobar por sí mismo que a lo largo de estas casi trescientas páginas, su autora es la mujer que bucea en su propia condición a través de la historia de otras mujeres, todas ellas de distintas procedencias sociales, de distintas familias y de distintas partes del Estado español, pero con un claro denominador común: intentan ser seres humanos en el conglomerado de la realidad que les ha tocado vivir.

Montserrat Roig sintetiza bien el valor y el significado del atractivo trabajo de esta granadina trasplantada a Barcelona que es Antonina Rodrigo: ...«se trata de la sustitución del tiempo del silencio por el tiempo de la palabra».

Como punto de partida, no podemos olvidar que la mujer española se ha mantenido durante siglos en un plano prudente en el falansterio familiar, aceptando con mansedumbre una grisácea felicidad sin demasiados altibajos y relieves. Pero, de vez en cuando, aquella mansedumbre se desborda con vitalidad de catarata, y entonces surgen, han ido surgiendo a lo largo de la historia, personalidades femeninas singulares con gesto y voz inéditos y misiones específicas, no sujetas a patrón alguno, levantando hitos imborrables. «Mujeres —dice la autora de *Las silenciadas*— que se elevaron sobre el nivel de la época y dejaron su impronta de afirmación y desafío.» He aquí una significativa muestra de esas féminas de rompe y rasga que han vivido con intensidad este siglo XX.

El personaje legendario

Para unos era un monstruo, arrebujado en mantos negros, que aparecía de noche con un cuchillo afiladísimo

entre los dientes, con el que sacaba los ojos a los curas. Para otros era la luz que iluminaba sus vidas con palabra profética y clarividente. Es Dolores Ibarruri, La Pasionaria.

«Yo, como vosotros —se definía ella misma—, soy una española sencilla. He sido fregatriz en los edificios de una mina. Y mi marido es minero... Pero todos nosotros, obreros, lucharemos hasta el fin por una España popular, libre y feliz, contra la camarilla fascista de generales y jesuitas...»

Dolores enaltecía a las multitudes porque en ella estaban personificadas la madre, la hija, la novia, la hermana, la campesina, la minera, la obrera, la heroína y el milagro puesto en pie que esperaban muchas gentes, hambrientas y atemorizadas, a la vez que resueltas y dispuestas a todo sacrificio. Y porque a Dolores la podían encontrar en la trinchera, en el Congreso de Diputados, a la cabeza de una manifestación de miles de mujeres, de obreros, en una fábrica, en un hospital, en una escuela, en el frente de Madrid, de Guadalajara, de Teruel, de Belchite, del Ebro, en una plaza de toros, en un teatro, persuadiendo, sugestionando a las gentes con su «¡No pasarán!», «¡Antes morir de pie que vivir de rodillas!», «¡Vale más ser la viuda de un héroe que la mujer de un cobarde!»

«La Pasionaria» no sólo fue convertida en personaje legendario por el pueblo vasco y asturiano. El mito nació en todas las esquinas de España y cruzó las fronteras. Salió de España en 1939 y no regresó hasta 1977. Fueron 38 años de exilio moscovita, con los ojos y el corazón puestos en su país de origen.

El alto sueño de Dolores Ibarruri, nieta, hija, hermana y esposa de mineros se cumplió: vivir y morir en España. En las elecciones de 1977, como en febrero de 1936, los asturianos le renovaban su acta de diputada. Doce años después fallecía en Madrid el 12 de noviembre de 1989, a los noventa y tres años.

El legado de esta mujer humilde y poderosa, símbolo del proletariado, a sus nietos y a los niños del mundo, fue: «... sed valientes, trabajadores, inteligentes y solidarios.»

La mujer en la universidad

«A principios del curso 1891-1892 —escribe A. Rodrigo—, una mañana se presentaron en la puerta de la Universi-

dad madrileña dos jóvenes acompañadas de un señor como “carabina”... Las dos muchachas se llamaban María Goyri y Carmen Gallardo. El acompañante era Mariano Gallardo, padre de Carmen.»

Poco tiempo después, por circunstancias personales y familiares, Carmen abandona sus estudios, pero María decide seguir, y lucha hasta que es autorizada a matricularse oficialmente.

«Para esta primera universitaria oficial —recoge su biógrafa—, en el nuevo curso 1892-1893, se establece un protocolo: en clase estará separada de sus compañeros y tampoco podrá hablar con ellos en los pasillos. Entre clase y clase debe permanecer en la antesala de los profesores. Cuando el bedel anuncie el comienzo de las clases será acompañada por un catedrático para ocupar en el aula la mesita supletoria a ella destinada.»

Este mismo año de 1892 se da otro paso importante para la integración de la mujer española en el mundo de la cultura: la celebración del «Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano», en el Ateneo de Madrid. Abrió el debate Emilia Pardo Bazán, con la ponencia «La educación del hombre y de la mujer», en la que la escritora gallega denunciaba que el abandono sistemático cultural de la mujer en España era resultado de la discriminación represiva al servicio del machismo ibérico: «No puede, en rigor —decía—, la educación actual de la mujer llamarse educación, sino doma, pues se propone por fin la obediencia, la pasividad y la sumisión.» La Bazán finalizó su intervención pidiendo el acceso de la mujer a todos los estadios culturales, el derecho a desarrollar cualquier tipo de actividad laboral y profesional, y como medio de evitar discriminaciones, pedía la coeducación en todos los niveles educativos.

En 1899, María Goyri se casaba con Ramón Menéndez Pidal, que acababa de obtener la cátedra de Filología Románica. Su común vocación por la Filología y la Historia va a orientar sus vidas, pues en adelante, María colaborará siempre con su marido, hasta el punto de que, en muchas ocasiones, borró sus propios sueños para estimular los del compañero, en una perenne ofrenda de sugerencias, datos, lecturas que labrarán el terreno para la futura labor del sabio.

María Goyri decía que en su casa «vivían hacia dentro». Y era verdad. La más íntima discreción rodeó sus vidas, tanto en el terreno literario como en el vivir coti-